Música

RUBINSTEIN TERMINO AYER SU TEMPORADA

El público le hizo objeto de cálidas demostraciones

Con el recital de ayer, Rubinstein puso término a un breve y brillante ciclo de audiciones: un concierto con la Sinfónica y cuatro recitales. Todos fueron invariablemente relevados por una asistencia que puede señalarse como un **record** en la vida musical de Lima. El gran pianista ha podido, en esta oportunidad, apreciar las consecuencias de una halagadora evolución en nuestra capital, tomando como punto de referencia su primera visita, a fines de 1918. Esta vez encontró un teatro más amplio, una orquesta oficial, debidamente organizada y bien mantenida artísticamente, y un público fidelísimo, comprensivo y fervoroso. En los ocho días justos que ha durado esta temporada, Rubinstein ha podido, también, percibir el resultado de una palpable superación cultural de nuestro público. Y así lo declaró a raíz de su concierto del sábado último, después del sensacional éxito de su imponderable versión de la **"Petrushka"** de Strawinsky.

En tal oportunidad, el admirable intérprete inició su programa en la forma más musical que pueda desearse, en la forma ideal: con Bach cuya **Chacona** adquirió todo el relieve monumental que le es propio para pasar luego a una poética versión del **"Carnaval"** de Schumann, esa encantadora sucesión de biografías musicales, de un lirismo tan refinado, con sutiles matices de humor, que Rubinstein subraya adentrando en todo ese mundo de intenciones con quintaesenciada espiritualidad y remarcando con su riquísima gama de sonoridades el admirable alarde pianístico de que está revestida la obra. Luego, Rubinstein transporta a su auditorio a una sucesión de planos en que es preciso un proceso de sintonía cada vez diferente: del hermoso y nobilísimo **"Hommage a Rameau"**, homenaje de íntima emoción musical, a la chispa de humor y gracia rítmica de **"Minstrels"** y a la deliciosa **"Ondina"**. Oportuno **intermezzo** debussyano o alejándonos de un sentido musical familiar y cómodo, nos prepara a la bárbara crudeza strawinskyana de **"Petrushka"**. Rubinstein ataca con un vigor magnífico la formidable **Danza rusa** y mantiene en tensión al auditorio con esa continua superposición de efectos, con esa constante imposición de audacias y violencias de extraordinario interés y a las que su indiscutible autoridad da un significado decisivo. Se explica uno la razón del genial autor ruso al dedicar esta transcripción al eximio intérprete, cuya maestría cobra en tal página relieves insospechables y profundamente impresionantes. No es para descrito el entusiasmo de la sala, luego halagada con el encanto de un breve acto chopiniano, al que pone término la XII Rapsodia de Liszt, prueba magnífica del virtuoso pianístico más representativo de la gran etapa romántica, en la que Rubinstein adquiere contornos heroicos.

En el recital de ayer, el gran artista nos brindó una poética versión de la famosa **Sonata en Mi-bemol**, op. 81, llamada "Los adioses" y que, según el autógrafo del autor, alude a un viaje de su amigo el archiduque Rodolfo. Sin agregar más literatura a la mucha que se ha escrito sobre este pretexto anecdótico del que parte Beethoven para desarrollar una de sus más delicadas concepciones del género, baste decir que Rubinstein se identificó emocionadamente con el espíritu de la obra y nos dió una interpretación de sublime belleza musical, así como, en la segunda parte, le escuchamos inspiradísimo en esa sucesión de líricos cantos que integran la **Sonata en Si menor** de Chopin, ejecutada con una maestría que transforma la mecánica pianística en alados y vaporosos juegos de sonoridad, macizos contrastes dramáticos, ya espléndidamente acentuados en la **Balada en La-bemol**, y sutiles tejidos de notas como en aquel desenvolvimiento primoroso del **Scherzo**, que luego habría de tener un eco gratísimo en las dulzuras transparentes de la **Berceuse**. La última parte es un nuevo panorama español, iniciado con **"Almería"** de Albeniz, obra que a todas luces representa un avance del autor de **"Iberia"** hacia las futuras rutas que habría de trazar más tarde el maestro de "El amor brujo". Albeniz aparece en **"Almería"** sin duda bajo el influjo bienhechor de Debussy. Su plástica pianística es mucho más rotunda y su paleta más atrevida. Su encanto musical, el mismo de siempre, entonado, cálido, que luego veremos estallar en la sin par **"Navarra"**, que el público ardía en deseos de escuchar al inigualable intérprete. Rubinstein se entrega con visible deleite en esta versión magnífica y personalísima —como la de **"Triana"**—, culminando su **pathos** en el tema apasionante de la jota, relievado con la más ardiente gallardía. Y finaliza el acto con la elegante **Canción y Danza** de Monpou y dos estampas de Falla: **Pantomina** y **Danza ritual del fuego** de "El amor brujo", deleite de musicalidad espiritualísima en aquella; desborde de energía rítmica y de arrogancia pianística la última. Gran ovación, tenaz y cordial, obliga al obsequio: el **Nocturno V** de Chopin y, para cierre definitivo y de asegurado recuerdo, una más gallarda versión de **"Triana"**.

Rubinstein queda definitivamente instalado en la emoción limeña.

Y, como el mismo dijo al despedirse, ya no serán necesarios veintidos años para volver. Quizá la primera obra de su programa final guarde alguna relación con el futuro y bien pronto tengamos que festejar "El regreso"...

— C. R.